

*"El miedo es un sufrimiento
que produce
la espera de un mal"*

Aristóteles

- ¿Qué estás haciendo?- preguntó la alarmada mamá a su hija María.

- Nada- respondió tímidamente la niña mientras escondía su mano derecha tras su pequeño cuerpo.

Todo ocurría vertiginosamente porque iban a salir a la calle y, justo en el último momento, María –con apenas 4 años- se había ensuciado una rodilla. Su madre, que hacía pocos minutos había logrado dar los últimos toques de plancha al vestido de la niña, empezaba a impacientarse mientras limpiaba las manchas con una esponja impregnada en jabón cuando se dio cuenta de que no tenía cerca una toalla para secar la rodilla de su hija. Fue a buscarla y, al regresar, observó aquella extraña actitud.

- Déjame ver qué tienes ahí, tenemos prisa- dijo la mamá imperativamente.

Cuando logró vencer la resistencia de la niña, la mamá se sorprendió ante lo que pudo descubrir. María, cuando su madre se marchó a buscar la toalla, había quedado sentada justo al lado de la plancha –muy caliente aún- y, al parecer, debió hacer algún movimiento impulsivo, pues podía apreciarse claramente la silueta de la plancha completa –enrojecida- estampada en el glúteo derecho de la pequeña.

- ¡No me lo puedo creer!- chilló la contrariada mamá.

Lo que no podía creer era que María, al sentir el dolor que le estaba produciendo la quemadura de la plancha, frotase la zona afectada con jabón, seguramente tratando de aliviar aquella desagradable sensación, pero todavía le pareció más sorprendente que la niña intentase evitar que su madre supiera que, durante su ausencia, había cometido dos infracciones. La primera de ellas, quemarse con la plancha de semejante manera y la segunda, estar utilizando el jabón sin permiso para corregir el desperfecto.

- ¡No se te puede dejar sola ni un momento! ¿Has visto lo que has hecho?- la madre de María no podía ocultar su indignación, mientras la niña la observaba temerosa sin atreverse a hacer o decir nada.

El hecho pasó a formar parte del anecdotario familiar, la mamá de María lo relataba una y otra vez a sus familiares y amigos con un tono jocoso y en presencia de su hija. Todos reían por la ocurrencia de la niña al elegir el jabón como remedio para la quemadura. De lo que nadie parecía darse cuenta era de otro "*pequeño detalle*" bastante más preocupante que la quemadura en sí o la reacción de la niña. Dicho "*detalle*" está contenido en la siguiente pregunta: ¿Qué le puede suceder a una niña de 4 años para que, aún sintiendo un

dolor intenso, sea capaz de buscar sus propias soluciones -en solitario y en silencio- sin atreverse a llorar, gritar, correr, pedir ayuda o hacer cualquier otra cosa que, incluso, cualquier adulto normal haría en una situación semejante? La respuesta a esa pregunta parece obvia. Menos obvias son las consecuencias que la actitud que María ha aprendido tempranamente puedan tener en su vida futura –especialmente, en la adolescencia y primeros años de juventud, aunque comportamientos similares podrán aparecer en cualquier momento de su existencia- cuando, ante el temor al castigo o cualquier otro tipo de reprimenda, busque los medios que considere más apropiados para ocultar ante los demás sus supuestos errores o lo que ella, sin preguntar a otras personas, considere como tales. En su escritura podrán observarse claramente rasgos gráficos de un *estilo de sociabilidad perfeccionista*, mientras que ella misma irá descubriendo poco a poco una evidencia: no es feliz, le produce un tremendo estrés vivir a la altura de las expectativas de los demás y ni siquiera es capaz de preguntarse cómo salir de esa situación o ir más allá de la aplicación de soluciones inmediatas como la que encontró cuando la plancha la “atacó” de manera tan imprevista y desagradable.

¿Se puede reprochar a la mamá de María su descuido por dejarla sentada tan cerca de la plancha caliente?: No. Es un error muy humano, que cualquiera de nosotros podemos cometer cuando actuamos precipitadamente.

¿Se puede reprochar a la mamá de María que demuestre su disgusto a la niña por su modo de actuar, antes de pensar en el dolor que está sintiendo la pequeña?: Sí. Por encima del proceso educativo, está la salud –física y emocional- de cualquier ser humano y, todavía más, cuando se trata de un niño que está aprendiendo a vivir a través de las pautas que se le proporcionan.

Sin embargo, la experiencia demuestra que ese tipo de reproches no son efectivos para la mamá de María en ese momento, abrumada -como está- por sus *obligaciones* cotidianas y por los contratiempos que le plantea su hija inesperadamente. En el mejor de los casos, algún amigo, familiar o profesor será lo suficientemente valiente para decirle claramente a esa madre que no debe reírse ante la niña de esas situaciones que le causan dolor, sino explicarle cómo espera que la pequeña actúe para cumplir las reglas externas, al mismo tiempo que aprende a cuidar de sí misma, y hacerlo con la firmeza de una madre, pero sin necesidad de manifestaciones vehementes o hirientes, que la niña no puede entender. Si algo así no sucede, por desgracia para María, aún tendrá que transcurrir cierto tiempo antes de que –de forma aparentemente *casual*- un profesional de la Pedagogía, de la Medicina o de la Psicología le exponga a su madre las dificultades que afronta su hija por algún motivo *desconocido*, que será necesario descubrir, analizar y reeducar. Un proceso más largo, pero necesario.